



René Vergara: De las Memorias Del Inspector Cortés

Por Hernán del Solar

Siempre le ha gustado al hombre oír entretenidas historias. Desde los tiempos más antiguos hasta hoy. Cuenta E. M. Forster, novelista teórico de la novela, que al hombre de Neanderthal, en tan remota edad, le agradaban los cuentos, a juzgar por la forma de su cráneo. Era un oyente atentísimo y severo. Escuchaba con la boca abierta de asombro, sentado ante una hoguera, cansado de luchar con el mamut y el rinoceronte. La amenidad de la historia lo mantenía despierto. Quería saber qué ocurriría después. Cuando el oyente se aburría y el narrador era incapaz de divertirlo, el auditorio generalmente se lo comía. Felizmente, ahora ha desaparecido semejante peligro. De todas maneras, el narrador tiene que evitar algunos riesgos, aunque éstos sean menos graves.

Sobre todo, el autor de novelas y cuentos policiales. Su peligro capital es el de ser adivinado antes de que termine su obra. Esta —ya todos lo sabemos— es una madeja cuidadosamente enredada que deshila el autor en las últimas páginas, haciendo un saludo de prestidigitador satisfecho. Si el lector capta el manejo de los hilos antes del minuto exacto, el escritor está perdido. No debe mostrar el desenlace anticipadamente. Conviene que revuelva los papeles, sugiera muchas cosas contrarias a la vez, y elija como solución el momento al parecer inesperado. Casi siempre la vida real va por un lado y el autor va por otro, sin estímulo, creyendo que a todos nos engaña, inventor de una realidad prefabricada, carente de sorpresas. Es una suerte que los lectores no se lo coman, temerosos tal vez de una indigestión. En suma, en el género policial —novela o cuento— es peligrosísimo escribir. Resulta imprescindible una destreza extraordinaria: hacerle a la vida innumerables preguntas y obligarla a entregar respuestas convincentes, únicas, inquestionables. Y la vida es enemiga de responder si la interrogan.

René Vergara, visible maestro del relato policial, tiene un pacto con la vida. De aquí su éxito. La ha comprometido a no engañarlo y a mantenerse leal con ella. De escasos escritores —siempre los más atrevidos, sin duda— puede decirse algo semejante.

Así pues, que la vida no le mienta al escritor y éste tampoco le mienta. De tal compromiso nace una realidad llena de posibilidades. Una vida no imitada, pero que en todo momento fundamental da la impresión de fluir libremente, inventada de pronto, lejos de normas preestablecidas. Es decir, todo lo contrario de lo que habitualmente sucede en el relato policial. La vida se vuelve aquí novela o cuento. Y lo que importa —bien lo sabe René Vergara— es que el cuento se viva, se esté en él conviviendo con sus personajes, como se está en la existencia cotidiana junto a los demás hombres.

El autor dice por ahí, en una de las páginas de "Las Memorias del Inspector Cortés", que publica Nascimento, cuán extraño es su oficio. "Escribir cuentos y novelas policiales es en América latina un oficio insólito. En Chile, tan apartado del mundo, lo es mucho más". Es indiscutible. La literatura policial pertenece a otras tierras. Gusta, es buscada, se recuerda, porque parece traducida. Estamos acostumbrados a gente de la ciudad o el campo que no parecen asesinos, aunque lo sean. Aquí se encuentran otras historias: la vida delictual chilena, con su miseria, con su estrella enemiga, su ignorancia violenta, sus interrogaciones clandestinas y sus respuestas tristemente acurraladas. Las ha escrito un escritor nuestro con la soltura, la imaginación, la fuerza del mejor escritor extranjero. Algunas de estas historias evocan a personajes "memorables" como Di Giorgio, Rosa Faúndez, Emilio Dubois, y tantas otras que estremecieron la sensibilidad de los lectores de periódicos. Alrededor de esta gente asoman y se ocultan hábiles ladrones, homosexuales violentos, bebedores de cada día, mujeres, hombres y niños mal señalados por la suerte. En la vida nocturna de los barrios bajos resuena como un estampido el fogonazo de la tragedia. Los personajes, sin burlar su horóscopo, suelen conocer de antemano su signo, y aguardan su llegada, a él se someten incapaces de evitarlo. Casi todos se interrogan en su soledad, desean adivinarse, y terminan huyendo de su conciencia. El autor los observa, los entiende su secreto lenguaje, pero no estira la

mano para arrancarlos de su malandanza; les mira alejarse y caer en su destino, sin condenarlos, movido por una piedad silenciosa. Profundamente humano se atiene al pacto que ha hecho con la vida. No dejarse engañar ni mentirle. Por eso sus personajes le devuelven el gesto comprensivo con otro de igual valor, el de una vital autenticidad.

En una de las cartas de Dostoyevsky encontramos unas palabras que aquí valen mucho para nuestro comentario acerca de René Vergara. Escribe el ruso: "Tengo mi opinión propia del arte, y es ésta: lo que la mayor parte de la gente considera fantástico y falso de universalidad yo sostengo que es la íntima esencia de la verdad. Hace ya tiempo que he dejado de considerar realismo la árida observación de las trivialidades cotidianas. Precisamente es lo contrario. En un periódico cualquiera que se tome tropieza uno con relatos de hechos totalmente auténticos que, a pesar de todo, nos impresionan como algo extraordinario. Nuestros escritores los consideran fantásticos y no los toman en consideración y, no obstante, son verdad porque son hechos reales. Pero, ¿quién se toma la molestia de observarlos, registrarlos, describirlos? Ocurren cada día y a cada momento, por tanto, no son "excepcionales".

Este es el realismo excepcional, castigante, del hecho que tiene trazas de minúsculo y lo coge un escritor verdadero. Sobradas demostraciones las tenemos en "Las Memorias del Inspector Cortés". René Vergara toma a sus personajes del misero cubil y los trae a nuestra atención. Entonces advertimos en toda su dimensión la naturaleza humana de cada uno. No son "excepcionales", pero viven sustentados por una realidad profunda y por el interés que cae sobre ellos de parte de un escritor acostumbrado a saber que la vida sorprende siempre al que, sin interrogarla, sabe oír sus respuestas cambiantes y darles su valor preciso.

Todo oído, René Vergara escucha al pobre diablo en su desgracia y sabe que es un hombre. Esta es la razón de su maestría literaria.

René Vergara: de las memorias del inspector Cortés [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1977

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

René Vergara: de las memorias del inspector Cortés [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile